

37

Los Contemporáneos

SOR
GLORIA

NOVELA

POR

JUAN ANTONIO
CAVESTANY



Número extraordinario

10 Cents.

PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en **PIANOS** de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—**TELÉFONO 5.400.**

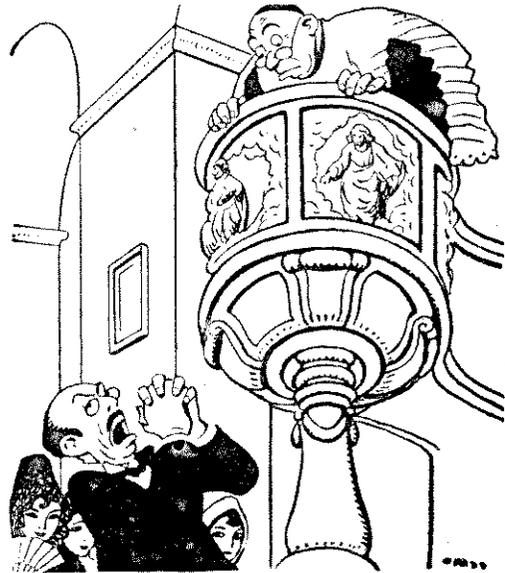
CASA ALONSO
Fundada en 1865
22, Valverde, 22.

PARA BUENOS IMPRESOS
→ Y SELLOS CAUCHO ←

Manuel López Ortega (hijos)
Encomienda, 20 duplicado
Gran rapidez. —: Fundición diaria.

Los Muchachos

SEMANARIO INFANTIL
Se publica los domingos
15 céntimos número



UNA SEÑORA

ofrece comunicar **g** **afutamente** a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.^a Carmen T. García, Aribau, 24.—Barcelona.

Dijo un cura en un sermón:
"Hijas mías, precaución;
precisa tener cordura;
contra el abuso hay censura;
esto raya en obsesión
¡tanta y tanta PECA CURA!"

Y replicó Zenón,
hombre ya de edad madura:
"Señor, señor, compasión
no proscribáis la hermosura.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, 2,20.

Agua cutánea, 5,50.—Colonia, 3,25, 5, 8

y 14 ptas., según frasco.

Creación de Cortés Hermanos.—Barcelona.

ALREDEDOR DEL MUNDO

llene un centro establecido en
el «kiosco Colón», Plaza de Ca-
:-: taluña, frente al Paseo de :-:
Gracia.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes, - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

SOR GLORIA

1
2
AN
60/32

I

El grato vientecillo de una alegre mañana del comienzo de la primavera estremecía las copas de los pinos con un ruido semejante al del Mar; tan semejante, que no era fácil distinguir si salía de la arboleda o si venía del Mediterráneo, que al fondo de la calle, espeso túnel de ramas entrelazadas, dejaba ver su manto azul, salpicado de ligeros vellones de espuma.

Bajo esta bóveda, impenetrable al Sol, caminaba lentamente la pareja más desigual y extraña que puede imaginarse. Era ella una esbelta monjita: era él un viejo decrepito. La blanca toca, partida en dos mitades,

que cubría la frente de la religiosa y parecía aletear sobre ella, no cumplía bien el piadoso objeto con que, sin duda, fué inventada, puesto que más bien que quitar encantos a su rostro, los avaloraba y enaltecía, rodeando de una especie de aureola su juvenil hermosura: como tampoco el severo hábito que caía de sus hombros al suelo, sin más sujeción que una cuerda a la cintura, lograba ocultar del todo las líneas delicadísimas de aquel cuerpo arrogante, que en vano buscaba disfraz para su gallardía.

Aunque la vida es fuente de contrastes, difícilmente se hubiera en-

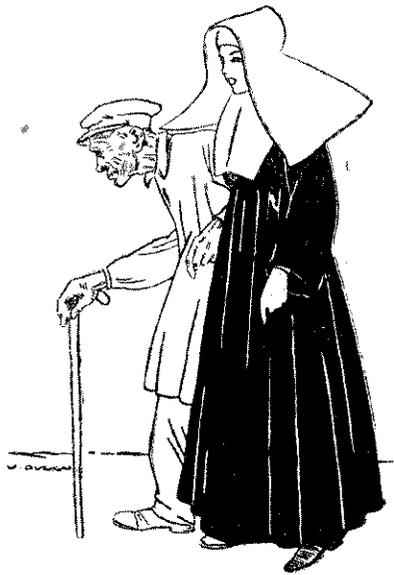
contrado ninguno mayor que el que formaba la monja con el hombre que iba junto a ella, apoyado en su brazo. Era de baja estatura y caminaba tan encorvado que costaba trabajo verle la cara. No se perdía mucho en verdad por dejar de ver aquellas facciones, medio ocultas por el doble bosque de su barba lacia y su pelo hirsuto, ambos de un color indefinible, entre gris y amarillo. Una boca grande y desdentada y unos ojos lacrimosos y pequeños era lo único que se distinguía entre la espesa maraña. Y si era poco atractiva su persona, su indumentaria no lo era mucho más. Difícil hubiera sido determinar la forma y el color primitivos de las prendas con que se cubría, si podían llamarse prendas aquellos harapos, restos seguramente de diversas vestiduras, donde habían ido amontonándose los remiendos, aunque ya ni de estos mismos quedaban más que unos mugrientos jirones, que dejaban asomar por más de una ventana los brazos huesudos y las piernas vellosas.

Se explicaba el efecto que el astro personaje producía en cuantos se cruzaban con él, en su paseo por el frondoso parque. Todos procuraban apartarse de su lado, con miedo o repugnancia. Y no ciertamente porque fueran privilegiados de la Fortuna, puesto que la mayoría de los que, solos o acompañados por otras hermanitas, disfrutaban de la tibieza de aquella mañana primaveral, eran viejos y enfermos también, pero entre su aspecto y el de los demás existía una gran diferencia. Él debía estar recién llegado; debía llevar aún sobre su cuerpo el fango del arroyo, de donde venía. La ola de miseria que

sin duda lo había arrastrado hasta allí, marcaba en él su rastro... En los otros la piedad había borrado las huellas del desamparo; la pobreza se ofrecía a los ojos limpia y aseada; los mismos sufrimientos parecían dulcificados por el amor, santo guardián del Asilo... porque indudablemente aquel jardín pertenecía a un Asilo benéfico... Decíalo el aspecto de cuantos discurrían por sus calles o reposaban en sus bancos; decíalo aquellas tocas en forma de alas—alas de ángeles tal vez—que iban y venían llevando a todos cariño y vigilancia; decíalo, en fin, el mismo vasto edificio, cuyas agudas torrecillas sobresalían por encima de la poblada arboleda. ¡Y qué hermosa se destacaba, bajo el cielo purísimo de la costa levantina, en aquella mañana de Abril, la mancha verde del soberbio parque, descendiendo por la suave colina hasta tocar en la misma rompiente de las olas!... Nunca hizo la caridad más generoso obsequio al dolor. Los desheredados de la vida podían allí disfrutar de su dulzura, aunque sólo fuera al despedirse de ella, recibiendo las caricias del Sol, en un ambiente perfumado por rosas y azahares.

No parecía muy atento el desastrado viejo a las bellezas del panorama que se brindaba a su vista. Dejábase llevar maquinalmente por la monja y así cruzaban entre los grupos de asilados que contemplaban con curiosidad al nuevo compañero. Tampoco parecía interesarle mucho la conversación de la hermana, porque aunque ella le hablaba constantemente, él sólo respondía con una especie de gruñido y aun esto no siempre que le dirigía la palabra.

—¡ Hum ! ; Hum !—era todo lo que contestaba de vez en cuando, sin levantar los ojos del suelo, indiferente a cuanto veía y escuchaba. Y así seguían su paseo a lo largo de la calle de pinos. Habíanse dejado atrás los corros de monjas y convalecientes, que sin duda no solían prolongar tan-



to sus excursiones y bajaban hacia el Mar; ella obstinada en hacer que hablara; él sin dar más contestación que el acostumbrado “¡ Hum ! ; Hum ! ” a sus preguntas.

¡ Y con cuánta dulzura le interrogaba la hermanita ! En sus frases y aún más que en ellas en el tono en que las pronunciaba, había algo que no era sólo piedad hacia el desgraciado, sino esa especie de ternura maternal ingénita en la mujer—más vi-

va en las que se dedican a madres de cuantos sufren — que reconcilia con la humanidad, porque deja ver todo el heroísmo que puede encerrar un corazón. Trocábanse los papeles. Ella, joven, dulce, hermosa, era quien procuraba conquistar el alma esquivada del viejo: él, anciano, deforme, repulsivo, era quien se negaba al requerimiento del amor y de la juventud...

Había ensayado inútilmente la monja muchos temas de conversación, sin arrancar nunca al viejo más que aquel sonido inarticulado, cuando se le ocurrió decir:

—Usted debe beber mucho, hermano. Es preciso que se corrija.

Lo que no habían conseguido las anteriores tentativas consiguiólo esta frase. El hombre rompió, al fin, su mutismo. Levantó los ojos del suelo por primera vez y clavando en ella una mirada insolente, exclamó con voz aguardentosa:

—Y si yo bebo o dejo de beber, a usted, ¿ qué le importa ? ; Hago lo que quiero !

Indudablemente la hermana de la Caridad debía estar acostumbrada a este género de respuestas, y aun debía tener previamente perdonado el recibir ultrajes a cambio de solicitudes, porque sin que se observase la menor alteración en el tono de sus palabras, sino más bien redoblando su dulzura, prosiguió:

—Se lo digo por su bien únicamente: porque eso hace daño a su salud. Con seguridad que usted no es tan anciano como aparenta y debe ser la bebida la que lo tiene así, como la bebida es la causa de que esté aquí en este momento. ¡ Daba horror ver el estado

en que lo trajeron anoche a nuestra clínica de socorro! Dijo el doctor Montalvo que no había visto jamás un ataque de alcoholismo tan violento...

El viejo, después del pasado abrupto, había vuelto a su habitual indiferencia y parecía no oír siquiera a la religiosa, pero ésta, creyendo tal vez que aquel silencio indicaba que sus advertencias producían el efecto apetecido, prosiguió con expresión cada vez más dulce y afectuosa:

—Beber es un vicio horrible, no sólo porque embrutece y hace enfermar, sino también porque a veces lleva a cometer malas acciones irreflexivamente, contra la voluntad, pero que, por lo mismo, deben producir luego mayor remordimiento... Usted ya no recuerda (y es natural, porque no estaba en su juicio) lo que quiso hacer anoche. Si no hubieran podido impedirlo, seguramente tendría ahora una pena de la que tal vez no se hubiera consolado nunca. ¿Sabe usted lo que quiso hacer? Quiso matarme.

El viejo alzó de nuevo la cabeza, pero volvió a bajarla en seguida, después de hacer una mueca que daba a entender incredulidad. La monja continuó:

—No le engaño: quiso matarme. Mire usted la señal. Y apartando la toca, dejó ver una parte del cuello, donde aparecían varias manchas amoratadas, huellas, sin duda, de unos dedos que hicieron presa allí.

Mirólas el hombre y a la cuenta no le impresionó mucho su obra, o creyó que la monja le engañaba, porque, después de haberlas examinado atentamente, murmuró con desdén:

—¡Bah! Yo no mato a las mujeres.

Pero de pronto, apenas dijo estas palabras, como si el haberlas pronunciado le hubiese producido un efecto incomprensible, su cuerpo se estremeció con tal violencia que la hermana pensó que iba a caerse y tuvo que asirle con fuerza para sostenerle. Acaso temió la pobre mujer que le repitiera el ataque de la víspera, y miró a todas partes, como buscando auxilio, asustada de encontrarse sola con él. Por eso, sin duda, no oyó que el hombre añadía entre dientes, como continuando la frase comenzada:

—Es decir... a veces... no hay más remedio...

A partir de este instante no volvió a despegar sus labios el viejo. Su silencio se hizo más hondo, más reconcentrado. Ya no lo interrumpía ni siquiera el antiguo gruñido... Y eso que habían llegado cerca de la playa y la monja le decía, mostrándole el Mar:

—Mire, mire qué hermoso, hermanito. ¿No siente usted deseo de bendecir a Dios, ante este cuadro? ¿Quiere usted que descansemos un poco o prefiere que nos volvamos ya?

Y fuera por qué el hombre no le contestase, fuera porque ella creyese ya cumplida la prescripción facultativa que había ordenado el paseo, la religiosa volvió a tomar el brazo del anciano y arrastrándolo suavemente se encaminó con él hacia el Asilo, siguiendo la calle del pinar, sobre cuya arena dibujaban una especie de encaje caprichoso y movible los rayos del Sol, filtrándose a través de las ramas temblorosas.

La institución benéfica del Asilo de "La Inmaculada" tenía en su edificio un consultorio o clínica—en realidad una Casa de Socorro—servida por los mismos médicos y las mismas "hermanas de la Piedad", utilísima al populoso barrio.

A esta Casa de Socorro fué conducido, cierta noche, desde una taberna inmediata, con un acceso de locura furiosa, un hombre cuya filiación en el libro del registro decía así:

Nombre: "Mateo Tejedor (a) el Romo".

Natural de: "Cuenca".

Edad: "Cincuenta y ocho años".

Oficio: "Cargador del muelle".

Domicilio: "Desconocido".

Padecía de... "Delirium tremens".

Si el nombre de este padecimiento no se hubiese inventado con anterioridad, hubiera sido preciso inventarlo como el único adecuado y propio para dar idea exacta del estado en que el Romo llegó a la clínica. Apenas bastaban a sujetarle los cinco hombres forzudos que lo condujeron desde la tienda de bebidas, donde había querido acometer a todo el mundo, no sin haber hecho antes añicos mesas, sillas, botellas y copas. Y muchas horas después de haber ingresado en el piadoso establecimiento aún conti-

nuaba en el mismo estado, resistiendo tenazmente a los efectos del amoníaco y de todos los remedios indicados contra tales accesos. Como que tuvieron que pasarse la noche entera a su lado el facultativo y la hermana que estaban de guardia: el doctor Montalvo y Sor Gloria, la más joven de las religiosas del Asilo.

Entonces fué cuando ésta estuvo a punto de ser víctima de la locura del Romo. Parecía haberse iniciado el período de abatimiento que en los alcoholizados suele seguir al de la exaltación, y la enfermera se apresuró a desatar las cuerdas con que había sido preciso sujetarle; pero el borracho, que aún conservaba fuerza, al sentirse sin ligaduras, se abalanzó sobre Sor Gloria, clavando los dedos en su cuello con tal furia, que hubiera dado cuenta de ella, a no acudir prontamente en su auxilio Montalvo y el practicante.

Después de esta inesperada agresión y como si en ella hubiese agotado su energía, Mateo Tejedor se quedó tranquilo; en vista de lo cual el doctor dijo a la monja:

—Gracias a Dios que esto se acabó por fin. Me voy a descansar un rato. Déjelo usted dormir unas horas y cuando se despierte apresúrese a po-

nerlo en la calle. Esta clase de enfermos son molestos y peligrosos. Buenas noches, hermana.

Y Sor Gloria se quedó sola a la cabecera del lecho del Romo.

Tiene el sentimiento de la Caridad, cuando es verdadero, una psicología muy distinta a la de los demás sentimientos humanos. Subyuga con el desdén y liga con la fealdad. Lo que generalmente es para todos motivo de repulsión y malquerencia, suele serlo para la Caridad de respeto y amor. El espectáculo que hace alejarse a todos con repugnancia, a ella la atrae con fuerza irresistible... Dijérase que encuentra en el dolor mayor complacencia que en la dicha. Y así es ciertamente, porque donde se alberga la ventura, la Caridad nada tiene que hacer. ¿A qué llevar tesoros a quien ya los posee? Su puesto está donde hay dolores y lágrimas, donde hay alguien a quien consolar, porque ella es eso, eso, únicamente: la portadora del consuelo, la que sólo en el alivio de la desventura ajena encuentra la fuente de la propia alegría.

En esto, o en cosa parecida, debía pensar, sin darse cuenta, la monja mientras velaba el sueño del borracho, contemplándole con curiosidad. Indudablemente se sentía atraída hacia él por su mismo aspecto repulsivo y su misma desgracia. ¿Qué drama de miseria y de abandono se ocultaba en aquel hombre, en aquel tronco inmóvil sobre el lecho, cuya vida sólo se revelaba por una casi imperceptible respiración, débil y estertorosa?

Sor Gloria no podía apartar los ojos de él. Debía ser pobre, muy pobre: lo descubría su vestimenta destrozada. Además, su oficio de carga-

dor (ella había visto la *ficha* del registro) demostraba claramente lo miserable de su situación. Era un hombre agotado que se dedicaba a un trabajo duro, para el que no podía ya tener resistencia: señal de que la necesidad le obligaba a resignarse a todo. ¡Y no tenía casa! “Sin domicilio conocido”, decía la filiación. ¡Pobre hombre! Enfermo, sin recursos, sin familia... Porque era indudable que al no tener hogar tampoco tendría una esposa, una hermana, una hija, alguien que le cuidara, que le compensara con un poco de amor tantas miserias y tantas penalidades. Tal vez durmiera al raso muchas noches: tal vez no comiese algunos días... Y si ganaba con su trabajo de bestia de carga algunas monedas ¿para qué le servían? Para beber, para envenenarse con ellas, para tener raptos de locura rabiosa, como el que acababa de presenciar...

La buena religiosa experimentaba una especie de amargo placer reconstituyendo a su antojo la vida del pobre diablo. Y...—¡cosa extraña!—mientras más desventuras pensaba descubrir en ella, mientras más bajas abyecciones y mayores vicios se figuraba encontrar en la existencia de aquel beodo harapiiento y repugnante, sentíase más atraída hacia él; porque así como el sentimiento del amor se acrecienta en nuestra alma cuando al pensar en quien nos lo inspira le suponemos adornado de las más altas prendas y la más perfecta hermosura, así también el sentimiento de la Caridad anima más su fuego en los corazones privilegiados mientras mayores fealdades y más hondas lacras supone en los infelices, porque siente

con mayor viveza el deseo de remediar sus males y de convertir en alegrías sus dolores.

Hasta el mismo recuerdo de que aquel hombre que dormía, rendido por la lucha que acababa de sostener, había querido matarla, en vez de hacersele odioso, parecía aumentar la conmiseración que sentía hacia él. Es verdad que por poco la ahoga, pero, ¿había sido reflexivamente? No: no estaba en su juicio. Vió una persona a su lado y se lanzó sobre ella, sin saber lo que hacía. Aquello no lo hizo la conciencia de la criatura, sino el instinto de la fiera... ¿Qué era aquel hombre más que una fiera acosada por la desgracia? ¿Qué había hecho durante toda su vida más que sufrir? ¿Quién se había acercado nunca a él para socorrerle o para amarle? Los hombres se complacían en su mal; los hombres eran sus enemigos... Al ver a alguien a su alrededor lo juzgó un enemigo—es natural—y sintió el impulso de la acometida. Pero todo eso podía tener remedio. Sin duda era así, porque no conocía ninguna de las dulzuras de la existencia, porque nadie le había amado nunca. El día que sintiera a su lado un poco de solicitud, un poco de cariño, el hombre dejaría de ser fiera y volvería a ser hombre.

Al mismo tiempo que sentía bullir en su cabeza estas ideas, contemplando al Romo dormido, parecía a Sor Gloria que sonaba de vez en cuando en su oído la voz del doctor Montalvo que decía: “apresúrese a echar a ese hombre a la calle”. Mientras más le preocupaban las desdichas de que suponía víctima a aquel desventurado, con mayor claridad creía escuchar

al médico repitiendo: “¡fuera de aquí! Es un enfermo peligroso”. Llegó a ser una verdadera obsesión, porque al poco rato de haber comenzado sus reflexiones, ya no oía más por todas partes que aquella voz que repetía implacablemente: “a la calle, a la calle ese infeliz”.

¿Y la causaba una pena tan grande tener que ser ella la que le arrojara! Estaría tan bien en el Asilo, si fuera posible conservarle en él... Pero ¿podía ser acaso? Las plazas de “La Inmaculada” eran solicitadísimas y costaba un triunfo conseguirlas. Para la que estaba vacante en aquel momento había recibido más de doscientas recomendaciones el doctor Ferreras, el director. La pretendían todas las señoras de la Junta; era una cuestión de influencia, y ¿quién que la tuviera, se interesaba por aquel desgraciado? Ella únicamente se interesaba por él, y ella ¿qué podía hacer?... Nada: era preciso rendirse y obedecer. Aquel pobre hombre saldría de allí, expulsado por ella misma, para volver al arroyo, a la taberna, a matar a alguien en alguno de aquellos paroxismos de furor, o tal vez a ser muerto como un perro rabioso...

—¡Si yo pudiera encontrar algún medio!...—se repetía—. si yo pudiera... Y tanto pensó en ello repitiéndolo, que sin duda la idea que buscaba surgió al fin en su imaginación. Su rostro se iluminó de repente con súbita expresión de alegría y exclamó:

—Es la única manera...

No debía ser, sin embargo, cosa fácil y sencilla la que acababa de ocurrírsele, porque aquella primera impresión de placer que se pintó en su

semblante, se trocó bien pronto en otra muy distinta, como de miedo o vacilación; pero duró poco la lucha: la idea primeramente concebida debió sobreponerse a los temores que le

Y después de cerciorarse de que el Romo seguía profundamente dormido, salió de puntillas del cuarto...



inspirara su realización, puesto que murmuró con tono resuelto:

—No; no saldrá de aquí este pobre anciano. La vida ha debido ser bien amarga para él hasta ahora. Es preciso que lo poco que debe quedarle de ella sea más dulce; que sienta un poco de afecto en torno suyo; que sepa que Dios no abandona a nadie del todo...

Cuando aquella mañana el doctor Ferreras entró en su despacho, llamó a Sor Gloria, que era la hermana que tenía a su cargo la sala donde había un puesto vacante, y le dijo:

—Ya he avisado a la Marquesa, la presidenta de la Junta de Damas de Honor, que puede enviar cuando quiera a su recomendado, el que ha de ocupar la plaza del pobre viejo que

murió anteayer, Téngalo usted todo dispuesto, porque creo que hoy mismo vendrá.

La monja se quedó aterrada. Había llegado el momento temido y le faltaba valor para afrontar la situación.

—¿Qué le pasa, hermanita?—preguntó el médico, al verla tan turbada.

—Que... que...—balbuceó Sor Gloria.

—Hable usted. ¿Qué sucede?

—Que la plaza está ya ocupada.

—¿Ocupada?—gritó el doctor. No es posible.

—Sí, señor... mire usted el registro—replicó ella, cada vez con mayor turbación, señalando a un libro que estaba sobre la mesa.

Abriólo Ferreras, buscó la última página y leyó con asombro: "Mateo Tejedor"...

—En efecto—dijo;—aquí consta... Pero ¿quién ha hecho esto? ¿quién se ha atrevido sin mi permiso?... Y fijándose en la escritura añadió: esta letra es de usted.

—¡Perdón, doctor, perdón!—exclamó la monjita, echándose a llorar. Yo he sidó, efectivamente... ¡Es una desgracia muy grande! Un desventurado digno de piedad... Castígueme a mí; lo merezco; pero no borre ese nombre del libro... ¡Se lo pido por Dios!

Temblaba de tal modo Sor Gloria al hablar y estaba de tal suerte acongojada y convulsa, que el doctor Ferreras, compadecido, contestó:

—Bien, bien: tranquilícese. Todo será buscar un pretexto para la Marquesa...

—Luego, se queda en el Asilo ¿verdad?—exclamó ella, con expresión de inmenso júbilo. Y en un arranque de gratitud, cogió una de las manos del viejo médico y la besó diciendo:

—¡Gracias!

—¡Tramposa!—contestó éste sonriendo.

Y Sor Gloria salió del despacho del director, loca de alegría, palmoreando, como colegiala en vacaciones.

III

Duró poco, sin embargo, su satisfacción. Aún no había pasado un cuarto de hora de la anterior escena, cuando fué llamada nuevamente al despacho del director, que la recibió diciéndole:

—¡Buena la hemos hecho, hermana, buena la hemos hecho! ¡Estamos lucidos! ¡Para que se deje uno llevar de los buenos impulsos!...

Estas y otras frases salían atropelladamente de los labios del doctor

Ferreras, mientras iba y venía por el gabinete con visibles muestras de contrariedad y preocupación.

Sor Gloria se atrevió a preguntar:

—Pero ¿qué ocurre?

—Un conflicto tremendo. ¿Sabe usted a quién hemos metido en el asilo, ¡en el Asilo de la Inmaculada! donde lo primero que exigen las señoras de la Junta a los que han de ser recibidos es un certificado de buenas costumbres? ¡A un criminal! ¡A un criminal famoso en los anales de la delincuencia!...

La monja miró al doctor asombrada, éste prosiguió:

—Yo no me fijé cuando miré en presencia de usted, hace poco, el libro registro, en lo que estaba escrito en él; pero al marcharse usted volví a leerlo y me extrañó la coincidencia no sólo del nombre, sino también del apodo, del que acaba de ser admitido, con los de un asesino célebre en cuya causa intervine yo, médico forense entonces, hace más de veinticinco años... Aunque no me figuré que esto fuese sino una nueva casualidad, quise conocer por mí mismo a ese sujeto y fui a la sala... ¡Figúrese mi sorpresa al encontrarme con que era el mismo Romo el que tenía ante mi vista! Lo reconocí perfectamente, a pesar del tiempo transcurrido. Era él... el ladrón; el asesino de una pobre mujer, cuyo proceso conmovió la opinión y llenó durante varios meses las columnas de los periódicos; el condenado a muerte cuyo indulto se concedió después de haber sido puesto en capilla. Yo no había vuelto a pensar en semejante hombre desde que, conmutada la pena, fué llevado a presidio para siempre... Lo creía

muerto, cuando de repente vuelve a surgir a mis ojos... ¿Y dónde? Aquí, en esta santa casa, a la que sólo tienen acceso la religión y la piedad... Ya comprenderá usted que es imposible que hombre de esos antecedentes figure entre los asilados... ¡Buena se pondría la Junta de Damas si lo averiguase!... Es preciso echarlo al momento. Usted vió que yo no vacilé un instante en admitirlo, aun faltando al compromiso que tenía con la presidenta, por ser empeño de usted, que es la joya del Asilo, una santita por la que todos sentimos cariño y veneración; pero ahora, después de saber quién es su protegido, me figuro que no insistirá usted en su deseo de que se quede aquí.

—Al contrario, doctor: ahora insisto doblemente—contestó Sor Gloria con una energía que contrastaba con su habitual dulzura.—Antes de saber lo que acaba usted de contarme, mi empeño en que ese hombre permaneciese en esta casa no tenía otro fundamento que la compasión que me inspiraba un desgraciado: después de haberle oído, me parece que es para mí un deber sagrado el defenderle.

Sin reparar siquiera en la cara de asombro que ponía el doctor al oír estas palabras, la monja prosiguió, cada vez con tono más enérgico:

—Esta casa es de Dios y no debe cerrarse a nadie su entrada... ¡a nadie! y menos a los que tienen culpas graves que redimir. ¿No dice usted que ese desdichado saldó ya sus cuentas con la Justicia humana? ¿Quiere usted que Dios sea más rencoroso que los hombres? No. La religión tiende sus brazos a todos, especialmente a

los que más han pecado, por lo mismo que son los que están más lejos de Dios y por tanto, los que más necesitan reconciliarse con El. Yo le he oído decir a usted muchas veces que no hay que confundir el verdadero sentimiento religioso con la mojigatería, porque en ésta todo es asustadizo y pequeño, mientras en aquél todo es grande y generoso. El libro de registros de "La Inmaculada" no sólo no se manchará porque en él aparezca el nombre de un criminal, sino que tendrá en eso un timbre de honor. Será el nombre de un alma que habremos conquistado para el Cielo... y ya sabe usted que en el Cielo produce mayor alegría un solo culpable que se arrepiente que cien justos que perseveran en la virtud.

El doctor Ferreras, en cuyo rostro se reflejaba as más encontradas impresiones mientras hablaba la monja, quiso interrumpirla: ésta no le dejó y continuó diciendo:

—Además, el pobre hombre debe estar muy enfermo: seguramente no vivirá mucho: aquí tendrá por lo menos quien le cierre los ojos... Sería una crueldad horrible, cuando está próximo a morir, devolvérselo al vi-

cio, al arroyo, al crimen. Tal vez haya delinquido por ignorancia del Bien; por no haberlo visto nunca... Aún puede vivir lo suficiente para aprender a conocerlo, a amarlo, a practicarlo... ¡Salvemos ese alma, doctor! Ayúdense usted a realizar esta buena obra y verá usted cómo Dios nos la agradece y nos la premia... ¡Es tan hermoso salvar un alma! Y viendo que el viejo médico estaba conmovido hasta el punto de que sus ojos se llenaban de lágrimas, añadió, segura ya de la victoria, cogiéndole una mano con las suyas:

—¿Verdad que no se opone usted a que se quede; verdad?...

El buen Ferreras, sintiéndose vencido, apeló entonces al recurso de los débiles, que creen que ocultan su debilidad envolviéndola en protestas o vociferaciones, y exclamó furioso dando un fuerte golpe sobre la mesa:

—¡Que se quede! ¡Que se quede con dos mil demonios!

La monjita se sonrió; besó nuevamente la mano del viejo, que aún oprimía entre las suyas y volvió a salir del despacho tan alegre y satisfecha como había salido la primera vez, pocos minutos antes.

IV

¿Quién hubiera conocido al Romo cuarenta y ocho horas después de su ingreso en el Asilo de la Inmaculada?

Era otro hombre. La tijera había

hecho una copiosa poda en la mañana de su cabello: la navaja había echado a tierra el bosque de su barba; el agua había vuelto a resbalar

por su piel, después de largo divorcio: un pantalón y una blusa, limpios y flamantes habían sustituido a los andrajos que cubrían su cuerpo, y todo ello junto le había quitado el aspecto de fiera montaraz que tenía cuando llegó al benéfico establecimiento, desenvolviéndole la apariencia de ser humano.

Pero el visible cambio del antiguo condenado a muerte era meramente externo; en lo moral ni su rudeza ni su desabrimiento ni su brusquedad parecían haber sufrido la menor alteración. Indudablemente debían haberle sido recetados como remedio contra los alifafes producidos por el alcoholismo los paseos al aire libre, porque todas las mañanas y todas las tardes se le encontraba indefectiblemente, del brazo de Sor Gloria, dando alguna vuelta por las alamedas del parque o sentado junto a ella en los bancos de piedra de la playa. Sin duda también la excelente monjita perseveraba en la especie de predilección que desde el primer instante le inspiró aquel desgraciado y que no solamente no se entibió cuando supo quién era, sino que, por el contrario, pareció acrecentarse al conocer la historia de su crimen, como si eso mismo avivase en ella el deseo de traer al buen camino a aquella alma descarriada. El celo admirable con que cuidaba a todos los ancianos confiados a su vigilancia, se redoblaba en lo que concernía a aquél. Una hija no hubiera estado más atenta a la salud y aun a los deseos de su padre. Ella, tan celosa cumplidora siempre del reglamento del Asilo, solamente parecía olvidar sus mandatos cuando se trataba de las genialidades o los

caprichos del viejo. "La debilidad de Sor Gloria", llamábanle todas las hermanas, desde el día en que una de ellas hizo notar a las demás el especial esmero con que aquélla le asistía. A partir de aquel instante se le quedó este nombre. Y la debilidad de Sor Gloria era una especie de dictador. Para él no había hora fija de levantarse ni de acostarse; comía cuando se le antojaba; cuando no le gustaba una prescripción del médico se negaba a cumplirla; cuando sentía ganas de tomar el Sol echaba a andar sin contar con nadie, y en cambio cuando no quería pasear era inútil que la monjita lo recordaba que el doctor lo había ordenado...

Y por cierto que solo la exaltada caridad de la joven religiosa podía explicar de un modo satisfactorio la complacencia que parecía tener en aquellos paseos, para los que nunca delegó en ninguna otra hermana, porque nada más desprovisto del aliciente de la amenidad que tales excursiones. Algún monosílabo afirmativo o negativo y el acostumbrado "¡Hum! ¡Hum!" era todo lo que las preguntas y las reflexiones de Sor Gloria conseguían arrancar al Romo, siempre igualmente huraño y poco comunicativo. Y más valía que fuese así, después de todo, porque cuando alguna vez, por excepción, decía tres palabras seguidas, siempre eran insolentes, groseras o desagradables.

—¿Se siente usted bien, hermano?—preguntóle cierta tarde, después de hacerle sentar al abrigo del viento, en un banco desde el que se descubría soberbio panorama del Mar.

El viejo debía estar en vena de lo-

cuacidad y aun de cortesía, porque contestó con gran asombro de su acompañante:

—Sí.

Animada por el satisfactorio resultado obtenido en la primera pregunta, la monjita creyó llegada la ocasión que buscaba a todas horas, de hacer hablar a aquel hombre, y le interrogó nuevamente:

—Vamos a ver; dígame la verdad. ¿Está usted contento de haber entrado en el Asilo?

La segunda prueba no resultó tan favorable como la anterior para la galantería del Romo. Como si quisiera demostrar exactitud del proverbio que afirma lo poco que dura la alegría en casa del pobre, se apresuró a contestar con tono seco:

—No.

Y le volvió la espalda.

El mal éxito del segundo ataque contra el silencio del viejo, no desanimó a Sor Gloria, que conocía de antiguo su persistencia en no salir del lenguaje monosilábico. Volvió de nuevo a la carga, diciendo:

—Pues debía usted estarlo. ¿Cómo no se encuentra mejor aquí que rodando por esos mundos, solo? Nosotros somos una especie de familia para los desgraciados, porque es nuestra vocación y nos lo manda nuestra regla. Y todos acaban por tomarnos cariño, como nosotras se lo tomamos a ellos. Aún no está usted habituado a esta nueva existencia, pero verá usted cómo, dentro de poco, se acostumbra a nuestra compañía y se encuentra bien a nuestro lado. No va usted a ser la única excepción.

El Romo no contestó. Había vuelto a su ensimismamiento y la dejaba

hablar sin escucharla. Ella prosiguió:

—Usted no ha debido ser muy afortunado en la vida y está ya muy agotado para trabajar. Es justo que descanse y que encuentre, al fin, quien se preocupe por usted, quien atienda a su salud, quien le quiera... Todas las hermanas deseamos ser sus amigas y al fin lo conseguiremos: yo, sobre todo. Usted no tiene que hacer más que dejarse querer.

Nuevo silencio del Romo y nuevo ataque de la monjita, que continuó apretando el cerco más cada vez:

—Además, junto a nosotras encontrará usted un consuelo, que probablemente no hubiera encontrado en otra parte; el consuelo de la religión. Aquí pensará usted en Dios...

Por fin encontró Sor Gloria algo que hiciera salir al viejo de su mutismo.

—¡Dios! ¡Dios!...—exclamó soltando una carcajada.—¿Usted se ha figurado que yo creo en semejante estupidéz?

Un rayo que hubiese caído ante ella no hubiera producido a la religiosa mayor temor ni asombro más vivo.

—Pero, ¿usted no cree en Dios?—le preguntó tímidamente.

—¡Estas mujeres hipócritas piensan que todos somos como ellas!—repuso el anciano.—¡No me faltaba ahora más que un sermón! Déjeme usted en paz con sus dioses.

El Romo era tardío, pero seguro; habíale costado trabajo romper a hablar, pero, por fin, lo hacía bien claramente. Por lo menos para Sor Gloria no podía haber dicho nada que con mayor diafanidad le dejase ver

su alma. Ella podía figurárselo todo, todo, menos que hubiese un hombre que no creyera en Dios. Lleno su pensamiento de esa idea desde que tuvo uso de razón, no concebía que pudiera haber una criatura humana que viviese sin acariciarla a todas horas. Y aquel desventurado menos todavía; porque para ella la fe religiosa era, ante todo, el consuelo de los males, la esperanza en las tribulaciones, y aquel hombre cuya vida se imaginaba tan triste, aquel infeliz sólo, abandonado, que tanto debía haber sufrido en el mundo, sino creía en Dios ¿a quién le pedía consuelo para sus tribulaciones y sus males? ¿a quién rezaba? ¿de quién esperaba el remedio a sus desventuras? Para Sor Gloria lo tenían todas las desdichas, pero lo tenían en la misericordia de Dios únicamente. Creyendo en Él todo tenía arreglo, porque Dios no abandonaba nunca a los infelices, ni en la Tierra, donde les prodigaba las dulzuras de la esperanza, ni luego, *más allá*, donde tendrían compensación las torturas y las injusticias de la vida. ¿Qué importaba que el Romo fuese un desgraciado y un criminal? Sus crímenes encontrarían perdón en la piedad divina: sus desgracias lenitivo levantando los ojos al Cielo. Pero si no tenía fe ¿de quién podía esperar perdón para sus culpas ni lenitivo para sus dolores? Hasta entonces no le había parecido el viejo desgraciado del todo: ahora sí se lo parecía cruelmente, *irremediablemente*. Ya no le extrañaba su hipocondría: era natural, desde el momento en que sus males no tenían remedio. Como no le extrañaba tampoco que hubiese asesinado. Aún po-

día haber cometido mayores crímenes. El temor de Dios es el único freno de los mortales, y aquel hombre... ¡no creía en Dios!

El primer impulso de Sor Gloria cuando pronunció el Romo la terrible frase, fué alejarse de él, huir de aquel monstruo... Para la monjita no cabía mayor monstruosidad. Ni cuando lo vió presa del ataque de "delirium tremens", ni cuando quiso estrangularla, ni cuando supo que había sido condenado a muerte por la Justicia, sintió hacia él más viva repugnancia. Para ella todo hombre, el más degradado, el más vil, era siempre un hermano, quizás más digno de compasión y de afecto, cuanto más repulsivo; pero un hombre que se jactaba de no creer en Dios, era una criatura aparte... Ese era el único que no podía ser nunca su hermano.

La brusca revelación dejó petrificada a la religiosa, que permaneció largo tiempo inmóvil, con los ojos fijos en el suelo, en prolongada abstracción: sólo de vez en cuando, como si hablase consigo misma, murmuraba con voz casi imperceptible:

—Señor, ¿puede haber quien no crea en Ti?

Esta pregunta, varias veces repetida, prodújole, sin duda, un efecto inesperado, porque, de repente, se iluminó su rostro con una expresión de bondad y dulzura inefable, como si hubiese sentido remordimiento del irreprimible impulso de animadversión que le alejaba del Romo, o como si hubiese comprendido que por lo mismo que había descubierto en él aquella nueva desgracia—la mayor de todas—tenía un deber más sagra-

do de alentarle, de quererle, de ser su hermana verdadera...

Y con el cariño de siempre, se acercó nuevamente al viejo, le cogió el brazo y juntos emprendieron la vuelta al Asilo.

Poro esta vez, al atravesar la calle de los pinos, era ella la que iba silenciosa, ensimismada, triste. Parecía que ni el Sol dibujaba ya enca-

jes de sombra y luz, ni las aves gorjeaban, ni el viento entonaba el canto dulcísimo de la primavera... Todo había cambiado para ella de aspecto... Acababa de descubrir un dolor más grande que cuantos había conocido hasta entonces ¡un dolor que no sabía cómo se curaba... ¡Había encontrado a un hombre que no creía en Dios!

V

No hay nada tan tenaz como las mujeres cuando ponen empeño en una empresa y fué grande el que puso Sor Gloria en conquistar para el Cielo el alma del Romo, sobre todo desde que tuvo conocimiento de su absoluta incredulidad, que le parecía la mayor de sus desdichas y el mayor de sus crímenes. Teniale puesto un verdadero asedio. A toda hora, en cualquier lugar, con el menos congruente de los motivos, siempre le hablaba de Dios, de la grandeza de su obra, de su clemencia inagotable.

—Mire usted qué hermoso cuadro, hermano—deciale cierta tarde, mostrándole el Mar, desde el bosque de eucaliptos que se extendía sobre el cantil de la costa. ¿No ve usted en él la mano de Dios?

—¡Tararira! ¡La cantata de siempre!—contestó el viejo, que ya hablaba con ella de vez en cuando. Era

todo lo que había podido conseguir en un mes de labor: arrancarle algunas palabras; dulcificarlas no, porque seguían siendo siempre ásperas y duras.

—No se haga usted el malo—repuso la monja.—En el fondo usted creé en Dios, como creemos todos. ¿Acaso hay quien viva sin fe? Lo que hay es que se empeña en no confesarlo.

—¡Tararira! ¡Tararira!—volvió a decir el Romo.—Ya me duelen los oídos de oírle decir siempre lo mismo. ¿No sabe usted hablar de otra cosa?

—¿Y de qué quiere usted que hable al contemplar en el espectáculo que tenemos ante los ojos? Las maravillas de lo creado llevan a pensar en lo que debemos al Creador. Yo pienso en Dios siempre que miro al Mar.

—Aunque no lo hubiera creado no

se hubiera perdido nada—dijo Mateo Tejedor.—¡El Mar!... ¡El Mar!... Dos veces lo he atravesado, metido en la bodega de un barco, donde íbamos muchos centenares de hombres hacinados como cerdos... ¿Y para qué?... Para ir a unas tierras donde aseguraban que se hacía uno rico... ¡Sí, sí, rico!... A mí me obligaban a trabajar como un mulo y ni para una copa de ginebra tenía... ¡Andaba cara la ginebra por aquellos países!

—Si le hubiera usted ofrecido a Dios esos trabajos, su recuerdo le sería ahora dulce, en vez de serle doloroso. No hay sacrificio que no resulte dulce cuando se hace por Él.

—¿Sacrificio?—contestó el hombre lanzando una carcajada.—¿Usted conoce a alguien que haga sacrificios?

—Todos los hacemos, más o menos grandes—dijo la religiosa.—Yo misma (y no me pongo por modelo de nada) ¿cree usted que no he tenido que renunciar a muchas cosas que me eran gratas al encerrarme aquí? En el mundo tenía afectos, tenía distracciones y placeres que he dejado para venirme a cuidar de ustedes, los pobres viejecitos. Y no echo de menos lo que he perdido ni me hacen sufrir las privaciones ni la pobreza porque se las ofrezco a Dios...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Privaciones!... ¡Pobreza!... —contestó el Romo.—¿Usted sabe lo que son esas cosas? ¿Qué le falta a usted aquí? ¿No tiene su gran cama, su mesa puesta siempre, sus vestidos limpios, este jardín donde tomar el Sol?... ¿Y a esto le llama usted pobreza?... Si quiere saber cómo vivimos los pobres, véngase conmigo y verá qué bien saben las noches de invierno pasadas

al raso y los días de verano cargando fardos en el muelle, y en verano y en invierno, de noche y de día, sin tener muchas veces un pedazo de pan que llevarse a la boca, ni, lo que es peor, un buche de ajeno con qué apagar la sed; porque ¡vamos! sin pan se puede vivir, pero sin ajeno... Gracias a él se imagina uno que también goza de la vida como los demás, por lo menos mientras dura el efecto... Véngase conmigo a probar esas cosas y veremos si entonces está tan contenta y sigue ofreciéndole a Dios el sacrificio... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Para qué hemos de irnos si nos lo manda ningún deber y desde aquí podemos servir a Dios perfectamente?

—¡Ah! ¿No quiere usted dejar su convento, su vida regalona?—repuso el viejo con ironía.—¿Pues no lo pasaba aquí tan mal, con tantas privaciones?... ¿No decía que era preciso sacrificarse?

—Lo que digo es que ni usted tiene que salir de este Asilo, ni en todo caso, yo podría acompañarle, puesto que no soy ni su hija ni su hermana...

—¿Y es preciso ser eso para que una mujer se vaya con un hombre?

—Es preciso que sea su esposa, si no.

—¡Ah! Comprendo... ¡Los latines del cura!... Bueno, pues que nos los echen, si es indispensable. Me resignaré. Cácese usted conmigo... y vámonos.

Y como si hubiera dicho una gracia muy ingeniosa se echó a reír nuevamente, haciendo una mueca horrible que aumentaba su fealdad.

—Vaya, hermanito; déjese de bro-

mas impías—contestóle ella con severidad.

—¿Impías? Las hermanas de la Caridad pueden casarse si quieren. El otro día se lo preguntó mi vecino de cama a la monja que cuida de él y le dijo que sí...

—Cambiemos de conversación—di-

jo Sor Gloria. Pero al Romo, sin duda, debió parecerle muy oportuna la chirigota, porque en toda la tarde no dejó de decir, contestando a cuanto ella le preguntaba y riéndose estúpidamente:

—¿Cásese usted conmigo! ;Cásese usted conmigo!

VI

Mateo Tejedor había intentado varias veces escaparse del Asilo sin poder lograrlo. Y cada vez le resultaba más difícil la tentativa, porque cada vez estaba más torpe para andar, hasta el punto de que ya casi no podía moverse sin apoyarse en alguien. Padecía de una parálisis progresiva (por lo menos de tal la habían calificado los médicos) que hacía en él visible estrago. Cuando le preguntaban por qué quería irse de "La Inmaculada", daba siempre la misma respuesta:

—Porque yo necesito beber. Aquí no le dan a uno ajeno; aquí se carece de lo más preciso para la vida.

En realidad el ajeno era la única cosa de que carecía, porque "la debilidad de Sor Gloria" seguía siendo para ésta el niño mimado; el que tenía cuanto deseaba; el que hacía cuanto se le antojaba hacer.

¡Y cuidado si eran innmerecidos el cariño y las atenciones que le prodigaba! El esquivo viejo los pagaba

redoblando sus brusquedades y groserías hacia ella a medida que ella redoblaba su solicitud y sus halagos hacia él. Dijérase que mientras con mayor dureza la trataba más se encendía en la monjita el deseo de serle agradable. El lazo que la ligaba al Romo era imposible de romper: era el empeño de hacerle abrir los ojos, era el afán de salvar su alma... ;Y cada día ofrecía mayores dificultades la obra! ;Cada día el viejo contestaba con mayores sarcasmos cuando le hablaba de Dios! ;Cada día su incredulidad era más honda, más absoluta!

¡Con qué fervor le pedía a la Virgen todas las mañanas—era su primera plegaria al entrar en la capilla—que devolviese la vista al ciego! ;Cuántas cosas le ofrecía a cambio de aquella gracia! ;Por qué la Virgen, la Inmaculada, la patrona del Santo Asilo, se había mostrado hasta entonces sorda a su ruego? Sin duda no se lo pedía con bastante fe...

A pesar de ser este su pensamiento constante, Sor Gloria—cosa rara—parecía últimamente menos asidua con el viejo. Sus paseos por la playa a su lado eran menos frecuentes: hasta delegaba a veces en otras hermanas este servicio... ¿Por qué? ¡Ah! Era bien explicable. Por muy grande que fuera su piedad hacia él, por muy decidida que estuviese a todos los sacrificios con tal de dar cima a la empresa, le producía un efecto demasiado desagradable para sufrirlo a todas horas la insistencia del viejo en decirle aquella insensatez que había dado en la flor de repetirle a cada paso, aquel “cásese usted conmigo” con que contestaba a cuanto le decía... Decididamente la bromita representaba para el Romo el “nom plus” del ingenio, porque no se la caía un sólo instante de la boca...

Duró poco, sin embargo, el relativo alejamiento de ambos, porque habituado el Romo, a pesar de sus continuas reyertas, a la compañía de su protectora, apenas se dió cuenta de que no era la misma hermana de siempre la que le acompañaba, negóse en redondo a salir, y como aquellos paseos le estaban prescritos por el doctor, hubo necesidad de recurrir de nuevo a Sor Gloria como único medio de conseguir que el enfermo saliese a tomar el Sol.

Y no hay que decir que al reanudarse los paseos se reanudaron también las eternas discusiones, siempre sobre el mismo tema: sobre si Dios existía o no existía; sobre si la virtud era verdad o mentira; sobre la caridad y el amor al prójimo... todo ello terminado generalmente por la misma frase del Romo:

—Pues si Dios le manda a usted sacrificarse por los desgraciados, véngase conmigo...

El viejo seguía hablando siempre de marcharse de allí, pero ya no quería irse solo, sino con ella. Indudablemente se había acostumbrado de tal modo a su compañía, aunque fuese para estar regañando constantemente, que no podía prescindir de ella un momento.

—¡ Sor Gloria! ¡ Sor Gloria!—gritaba apenas dejaba de verla a su lado y hasta la decía alguna vez “hermanita”, con diminutivo y todo. Acaso fuera la única palabra dulce o afectuosa pronunciada por él en toda su vida. Recurría a ella para cuanto deseaba; buscaba pretextos para llamarla, ocultando cándidamente su intención verdadera; preguntaba a cada minuto si no era ya la hora de pasear; porque aquellos paseos, contra los que tanto protestaba en un principio, acabaron por ser el más vivo de sus deseos.

—¡ No salgo nunca a respirar el aire! ¡ No se hace caso de lo que dice el médico! — repetía muchas veces, como un niño voluntarioso, olvidando que acababa de volver del paseo minutos antes. Sin duda las excursiones por el parque o por la playa, del brazo de la monjita, aunque siempre acabasen peleados, tenían para él singular atractivo.

No fué durante ninguna de ellas, sin embargo, sino en el mismo Asilo, donde el Romo y Sor Gloria sostuvieron cierta conversación que debía ejercer decisiva influencia sobre ambos. No se había levantado el viejo aquella mañana a la hora habitual, por encontrarse peor de su dolencia

y llamó a la hermanita. Cuando llegó ésta, recibíola con sus acostumbradas vociferaciones, porque la necesidad que sentía de tenerla a su lado no era obstáculo para que la tratara casi siempre con la misma brusquedad:

—¡ Muy bien ! ¡ Muy bien !—dijo al verla.—Ya puede uno morirse sin que nadie lo cuide.

—No permitirá Dios que usted se muera—contestó la monja—antes de reconciliarse con El.

—¡ Tarde y con daño !—gruñó el viejo.—Me tiene usted dos horas esperándola y cuando viene, viene a darme esa tabarra que me molesta. Si no puede usted hablarme de otra cosa, váyase con dos mil de a caballo... Me moriré solo.

—No está usted para eso—replicó Sor Gloria con dulzura;—pero hoy sería un buen día, puesto que el doctor ha mandado que no se levante, para que descargara la conciencia... ¿ Quiere usted que llame al capellán ?

—¡ Quiero que se vaya usted enhoramala ! ¡ Cuidado que son tercias las mujeres ! ¿ Cuándo se convencerá de que yo no creo en esas mojigan-gas ? ¡ Bueno está Dios !... ¡ Buena está la caridad de los hombres !...

—Mal hace en dudar de lo que está viendo con sus ojos. ¿ Quién, sino la Caridad le tiene a usted aquí ? ¿ Quién, sino Dios, nos ordena le que-ramos y cuidemos ?

—Ya le he dicho que no me con-vence. Esta es una caridad muy fá-cil, muy cómoda. Aquí tienen ustedes cuanto necesitan. ¿ Padecemos acaso, hambre, frío, miseria ?... Cuidan a los enfermos porque algo han de hacer ; pero a cambio de eso tienen casa ; es-tán alimentadas, vestidas... ¡ Vaya

un sacrificio !... Si quiere usted ha-cerme creer en ese amor al prójimo que, según dice, manda Dios, ya sa-be el medio : véngase conmigo...

—Le repito, hermano, que no insis-ta en decirme eso, o me obligará a dejar de asistirle.

—¡ Es claro ! No quiere usted que hablemos del asunto porque ahí le duele ; porque esa sería la prueba de que sabía sacrificarse sin farsas. Aquí vive usted como una reina : a mi lado pasaría las amarguras que pasan otras mujeres al lado de otros hom-bres, amarguras verdaderas y no por eso se creen santas, ni mucho menos. Yo quisiera verla junto a mí, en el muelle, ayudándome a llevar a cues-tas los fardos—y ya voy necesitando que me ayuden, porque no tengo tan-ta fuerza como antes...—Yo quisiera tenerla cerca cuando el casero dice un día, después de varios de no co-brar : “ ¡ Eh ! ¡ a la calle !... ” y a la calle hay que irse, a dormir a un por-tal o al banco de una plaza, sin más calor que el que se dan los cuerpos... cuando son dos, que cuando es uno sólo, hay que ver el frío que hace. Yo quisiera ver qué cara ponía cuando nos preguntásemos una noche : “ ¿ Y qué comemos hoy ? ”... porque hay mu-chas en que no queda ni para un men-drugo, ni para una copa de ginebra, que es más necesaria ; o cuando el pa-trón dice de pronto : “ Esta semana no hay trabajo ”, o cuando le pedimos aumento de jornal y él nos contesta despidiéndonos, o cuando el hambre hace que nos rebelemos y la policía se encarga de darnos una ración de palos... porque los golpes siempre descargan sobre el que pide lo que necesita, no sobre quien niega lo justo.

Debió interesar a Sor Gloria el cuadro que pintaba el viejo, puesto que no sólo no volvió a repetir la amenaza de marcharse, sino que parecía escucharle con profunda atención, como quien medita mientras oye. ¿Tendría razón aquel hombre? ¿Había otro estado para el que se necesitaba más valor, más abnegación que para el suyo? Ella lo había escogido por creerlo el más grato a Dios, el que exigía mayor espíritu de sacrificio, pero podía haberse equivocado, podía haberle cegado el orgullo...

El Romo prosiguió:

—Lo que usted llama penalidades y privaciones sería para muchas mujeres lujo y riqueza. Compárese usted, tan limpia, tan primorosa, con esa toca tan planchada, con otras que van cubiertas de andrajos... ¿Que asiste usted a los enfermos? Es verdad. A unos enfermos que no le importan, que no son ni sus hermanos ni sus hijos. ¿Y dónde? Aquí, en este palacio, donde hay abundancia de ropa y de medicinas: otras infelices tienen que asistir a sus esposos o a sus padres en un estercolero, donde no hay más que podredumbre, sin una manta, sin un medicamento, abrasadas por el sol o empapadas por la lluvia... ¡Mire usted si hay diferencia! Esta es una vida de potentados... Yo no lo había conocido antes de ahora. Si quiero irme (y me escaparé: esté usted segura de que me escaparé al fin) no es porque no me encuentre como un príncipe; es porque aquí no dan ajeno, y yo no puedo estar sin ajeno... ¡Eso es lo único que me hace sentirme feliz!... Conque, no me vuelva usted más con esa monserga de que aquí se sirve a Dios y se su-

fre y se pasan trabajos... Aquí se vive como viven los ricos. Que usted me cuide y me dé potingues y me saque al Sol, estando en esta casa, ¿qué mérito tiene? Véngase a cuidarme, donde tengamos que trabajar los dos como dos bestias; donde nos traten a palos como me han tratado a mí siempre; donde no tengamos ni un jergón en que dormir; donde nos preguntemos todas las mañanas: "¿habrá pan hoy?", pero donde por lo menos haya la esperanza de un trago de ginebra, que es lo que falta en este maldito Asilo, y verá usted cómo entonces reconozco que no es una comedia todo eso del amor al prójimo y la caridad y el sacrificio... ¡Puede que llegara a reconocer hasta que es verdad la existencia de ese Dios de que me está usted hablando siempre!

—¿Creería usted entonces en El?— exclamó Sor Gloria lanzando un grito de alegría que pareció escapársele involuntariamente.

—Puede ser—contestó el viejo.

Una expresión indefinible, que lo mismo podía reflejar un placer vivísimo que una inmensa angustia, pintóse de repente en el rostro de la monja, que se levantó diciendo:

—Hablaremos...

Y presa de una especie de temblor, que en vano pretendía dominar, como si alguien la persiguiese o como si huyera de sí misma, salió corriendo de la sala...

¿En qué iba pensando?...

Tal vez en que la Virgen, la Inmaculada, su Patrona, le había concedido, por fin, la gracia que con tanto fervor le pedía: la manera de conquistar para Ella y para su Hijo el alma de aquel hombre...

A pesar de que el “hablaremos” con que Sor Gloria había puesto fin a su diálogo con el Romo, hacía esperar que se reanudara prontamente, es lo cierto que el viejo y la religiosa no volvieron a verse en mucho tiempo.

¿Por qué?

No sería porque él dejara de llamarla día y noche.

—¡ Sor Gloria! ¡ Sor Gloria—gritaba a cada instante, unas veces en tono de súplica y otras en accesos de verdadero furor, echándola de menos y no pudiendo resignarse a su ausencia. Sin embargo, la monjita no volvió a entrar en la sala, ni a acompañarle en sus paseos. Bien es verdad que a partir del día de aquella conversación, tampoco volvió a prestar servicio alguno en el Asilo. ¿Estaría enferma? No debía ser esa la causa de su desaparición, porque aunque se pasaba el día entero en su celda salía de ella alguna vez, sobre todo por las tardes, cuando llegaba el padre Espinosa, el confesor de la Comunidad, viejo sacerdote muy respetado por su talento y sus virtudes. Todos los días, al anochecer, se le veía entrar en “La Inmaculada” y, fuera casualidad, fuera que no llevase otro objeto, apenas entraba iba en busca de Sor Gloria, y unas veces en el locutorio, otras en la capilla, hablaba con ella durante largo rato. Estas

continuas y prolongadas entrevistas excitaban vivamente el interés de las otras religiosas, que no sabían a qué atribuir las. Sin duda por averiguarlo, algunas de las hermanas, las más picadas por la curiosidad, procuraban cruzarse con ellos en la galería o en el vestíbulo, cuando se marchaba el padre Espinosa, a quien Sor Gloria acompañaba siempre hasta la puerta, y en estos encuentros *casuales*, fué donde oyeron, *sin querer*, muchas frases, cuyo sentido no podían descifrar. Un día era la monjita la que decía:

—Es horrible, es monstruoso; pero me parece que Dios me lo pide...

Otro era el confesor quien contestaba:

—Comprendo que hace falta mucho valor para decidirse a llevar un nombre que afrenta; el nombre de un delincuente, de un sentenciado...

¿Qué significaba aquel misterio?...

Pronto iban a salir de dudas, porque, al fin, cierta tarde, una de las monjas, oyó decir a la hermanita al despedirse del sacerdote:

—Estoy decidida, padre. No luchemos más.

—Fues entonces, mañana—contestó el ministro del Señor...

.....

Al día siguiente, al amanecer, se celebraba una boda en la capilla del Asilo. Sólo tres o cuatro personas había en la iglesia solitaria y oscura. Sólo dos velas de cera alumbraban la imagen de la Inmaculada, a cuyos pies, por todo adorno, una mano piadosa había puesto un ramo de flores...

Terminada la breve ceremonia, el

padre Espinosa entreabrió la puerta del templo y se asomó a ella, a despedir a los desposados: una mujer joven y hermosa, vestida con un sencillo traje negro, y un viejo tembloroso y encorvado, que apoyándose en ella, tomaron la calle de pinos, sobre cuya arena pintaban encajes de sombra y luz los rayos del Sol filtrándose a través de las ramas temblorosas...

VIII

Sobre la puerta había un cartelillo que decía: "Planchadora". En el interior, en la salita, cuyo centro ocupaba la mesa de trabajo, cuatro o cinco muchachas aseadas y alegres, se despedían de otra mujer, también joven, diciéndole:

—Adiós, maestra: hasta mañana.

—Hasta mañana — contestó la aludida.

Y las obreras salieron del taller cuchicheando y cantando.

La llamada "maestra" acabó de recoger y ordenar las ropas dispersas por la sala, término de su labor del día, y hecho esto, entró en la habitación contigua: un cuarto amplio y soleado, donde un viejo, clavado en un sillón y al parecer paralítico, debía esperarla con impaciencia a juzgar por las muestras de alegría que dió al verla entrar, exteriorizadas por un grito inarticulado, por un "¡Eh! ¡Eh!

¡Eh!" que sin duda era su único medio de expresarse.

Correspondió la mujer a las señales de júbilo del enfermo, con una sonrisa, acompañada de unos golpecitos en el hombro, al mismo tiempo que le decía:

—Ya me tienes aquí. Hoy ha durado menos el planchado.

Y se sentó frente a él, ante una mesa sobre la cual había ropas y enseres de costura, disponiéndose a esta nueva labor.

Mirábala el viejo con expresión inefable de ternura y parecía asomarse a sus ojos el deseo de decirle algo que su lengua, entorpecida por la enfermedad, no podía traducir en palabras. Sin embargo, algunas pronunciaba todavía, porque de pronto exclamó:

—¡La toca!...

—¡Ya vuelves a esa manía?—con-

testó la mujer.—Vamos, déjate de niñadas.

Pero el viejo no debía ser fácil de convencer en este punto, porque siguió diciendo con terquedad:

La pobre mujer se levantó; cerró la puerta con llave, como para asegurarse de que nadie podría sorprenderla; abrió una cómoda; sacó de ella un lienzo almidonado, blanco co-



—¡La toca!

En vano intentó ella disuadirle de su idea hablándole de otras cosas y llamando su atención hacia otros objetos: el anciano no desistía: continuaba repitiendo con tenacidad infantil:

—¡La toca!... ¡La toca!...

mo la nieve, que se puso sobre la cabeza y volvió a sentarse donde estaba, en la actitud resignada y paciente de una mártir o una santa...

Un rayo de alegría iluminó el semblante del paralítico, que se quedó mirándola embelesado y satisfecho, con

el aire de triunfo del niño que consigue el juguete deseado. Y así continuó largo tiempo, como en éxtasis, feliz, sonriente, tranquilo...

Sólo de vez en cuando rompía el silencio para balbucear penosamente: —¡ Gloria!...

¿Era que la llamaba por su nombre o era que al mirar su rostro dulcísimo, cubierto por la toca, por aquellas alas de cisne resplandecientes de pureza y de blancura, se figuraba tener ante los ojos una verdadera visión de gloria?

Juan Antonio Cavestany

En el próximo número se publicará

¡EL DISLOQUE!

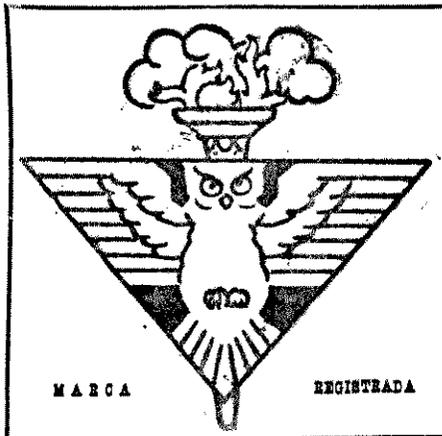
Colección de artículos desarticulados por

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Aceites y grasas
 :- lubricantes :-

OLEO-MOTOR

insuperable
 para
 el engrase
 de
 los autos



Correas
 de
 transmisión
 y algodones
 para
 máquinas

SUCESORES DE
E. Steinfeldt

Calle del Prado, núm. 15
 Teléfono 984
MADRID

Obesos, artríticos, nefríticos, albuminúricos, gotosos, el The Rhin obra prodigios. Pedir folleto.

Casa SEGALA. Rambla Flores.
BARCELONA

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

La mejor máquina de escribir

U S A D
 para escribir
 limpio la
 MAQUINA

“YOST”

No tiene cinta
 No desaparece lo
 escrito

COMPARAD
 la escritura
 de la
 MAQUINA

“YOST”

con todas las
 demás
 enseñanza de mecanografía



Central de la “YOST” en España: Barquillo, 4.
 — MADRID —

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veraeruz. Salidas de Veraeruz y de Habana, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veraeruz. Regreso de Veraeruz y de Habana con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Cólón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias; Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD